

Clase trabajadora, etnicidad e inmigración ucraniana, croata y santiagueña en Berisso
Reseña de James D., Lobato M. Z. *Paisajes del pasado. Relatos e imágenes de una comunidad obrera.*
2024. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Edhasa, 574 páginas

 Bryam Herrera Jurado

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad
de Buenos Aires – CONICET, Argentina
bherrera@sociales.uba.ar

Recepción: 22 agosto 2024
Aprobación: 09 octubre 2024
Publicación: 01 marzo 2025

Cita sugerida: Herrera Jurado, B. (2025). Clase trabajadora, etnicidad e inmigración ucraniana, croata y santiagueña en Berisso [Revisión del libro *Paisajes del pasado. Relatos e imágenes de una comunidad obrera* por D. James y M. Z. Lobato]. *Sociohistórica*, (55), e258. <https://doi.org/10.24215/18521606e258>



Llamado originalmente “Berisso obrero”, el trabajo de Daniel James y Mirta Lobato analiza los cambios en la situación de la clase trabajadora de Berisso, Provincia de Buenos Aires, a lo largo del siglo XX. El libro sin embargo no tiene una estructura cronológica clásica, en la que cada capítulo corresponde a un periodo, sino que está compuesto de cuatro capítulos que son independientes entre sí. Lo cual justifican los autores en la Introducción empleando el concepto de “montaje”, que toman prestado de los estudios teóricos sobre cine. Cada capítulo, dicen los autores citando a Sergei Eisenstein, está hecho a partir del montaje de distintos “fragmentos” y “planos” de la historia de los trabajadores berissenses (2024, pp. 13-15).

El capítulo primero reconstruye la historia de la calle Nueva York, “el gran escenario de la vida cotidiana de Berisso” (2024, p. 102). Situada en las cercanías del puerto y rodeada de dos grandes frigoríficos hoy cerrados, en dicha calle se ubicaban otrora las viviendas colectivas y las casas de los obreros, se instalaban los locales donde se gastaban los salarios y los espacios de reunión de los colectivos étnicos, y tenían lugar también las protestas sindicales y los mítines políticos. El capítulo sin embargo empieza analizando el presente a través fotografías, describiendo el desempleo, la precariedad y la nostalgia. La evocación de un pasado próspero es una constante a lo largo del capítulo y del libro.

Lobato y James recorren la calle Nueva York analizando el presente y el pasado de sus construcciones, dando pistas de las personas que habitaron en ellas. Por ejemplo, describen la vida de obreros como Juan Petcoff, que migraron de Europa a Buenos Aires en el segundo cuarto del siglo XX y se trasladaron a La Plata, encontrando rápidamente trabajo en los frigoríficos de Berisso. Ellos llegaban a viviendas colectivas, primero compartiendo pieza con otros trabajadores, luego, ya en pareja o con familia, alquilando una habitación entera y posteriormente, ahorros y préstamos mediante, comprando un terreno para construir una casa. “Cuando esto sucedía para una capa de trabajadores, otros nuevos (...) ocupaban los nichos desalojados por los más antiguos devenidos propietarios o inquilinos de viviendas” (James & Lobato, 2024, p. 59). Entre esta nueva capa de trabajadores, sin embargo, hubo varios que no pudiendo pagar los créditos o el alquiler fueron desalojados.

Posteriormente, a partir de los locales comerciales, los autores analizan los consumos de los obreros, destacándose el apartado sobre el surgimiento y el auge del cine, en cuyas “salas, a oscuras, se daba forma a las tentaciones, sentimientos, aspiraciones que a veces eran censurados en el marco de la vida barrial o pueblerina” (2024, p. 73, 2024, p. 73). La vida asociativa y política también es descrita en estas páginas, haciendo foco en dos vertientes: la étnica y la de clase. Sobre esta última, James y Lobato rescatan “los sucesos” de 1917, una huelga obrera “importante en la conformación de una identidad y una cultura obrera en la localidad” (2024, p. 95). Este hecho sin embargo aparece en la memoria de los entrevistados como un recuerdo borroso, transmitido supuestamente por terceros, siendo en buena medida opacado por el 17 de octubre de 1945, fecha que bautizó a Berisso como la “cuna del peronismo” (2024, p. 22), gracias a la importante participación de los obreros berissenses en las movilizaciones que consiguieron la libertad del General Juan Domingo Perón.

La etnicidad es abordada en mayor detalle en los dos capítulos siguientes. A partir de dos historias de familia, el capítulo segundo da cuenta de la migración ucraniana y croata en Berisso, dos colectivos poco estudiados por la escasa la información oficial disponible sobre sus miembros, quienes “llegaron al país con pasaportes de otras naciones. Los ucranianos como polacos, los croatas como austro-húngaros, yugoslavos o italianos” (2024, p. 144). Y porque archivos como el del colectivo ucraniano no están disponibles para el acceso. Por lo cual, haciendo uso de cartas y fotografías, los autores reconstruyen la migración ucraniana a través de la historia de la familia de Julián Zabiuk.

Oriundos del pueblo rural ucraniano de Solone, Julián y su hermano Emilio, se ven obligados a migrar en un contexto de guerra y dificultades económicas. Julián llega a Buenos Aires en 1926, trabaja primero como peón del ferrocarril y en las cosechas temporarias en la provincia y posteriormente, en la década de 1930, en un frigorífico en Berisso. Allí empiezan a llegarle noticias de Ucrania y Canadá, a donde migró su hermano; cartas que sirven a la familia Zabiuk “para mantener los lazos de solidaridad a través de la separación” (2024, p. 158) y que permiten a los investigadores describir, entre otras cosas, la nostalgia de Julián -que es “el tono sentimental de la migración” (2024, p. 160)-, las distintos momentos en su proceso de movilidad social ascendente, los intercambios y conflictos que suscitan las remesas e, inclusive, las diferencias políticas entre Emilio, que está afiliado al Partido Comunista, y Julián, que participa del nacionalismo ucraniano de Berisso.

Es menos lo que se sabe de las mujeres de la familia Zabiuk. Tal es el caso de Tekla, la hijastra de Julián, que teniendo 17 años migró sola de Ucrania a Berisso para reunirse con su madre. Hay cartas que preguntan por su paradero y transmiten la preocupación de su familia durante el viaje, pero salvo por una foto tomada luego de su arribo poco se sabe de su llegada. En este sentido, la reconstrucción que hacen Lobato y James del uso dado por los migrantes a las fotografías resulta de suma relevancia.

Habiendo recién cobrado el salario, con sus mejores ropas, los trabajadores iban a las primeras casas de fotografías, o contrataban fotógrafos a domicilio. Estas fotografías eran enviadas a sus familias fuera del país, procurando mostrar el incipiente ascenso social, o guardadas junto con postales y recortes de diarios en álbumes familiares. Luego de obtener mayor estabilidad, algunos migrantes compraban y aprendían a usar cámaras, como es el caso del croata José Matkovic, “un fotógrafo obrero” (2024, p. 157).

Ya anciano, Jorge, el hijo de José, tiene dificultades para reponer el contexto de las fotografías de su padre. Tampoco hay más información sobre la Sociedad Croata que un anuncio de 1951 por los 25 años de su fundación. No obstante, en tanto fotógrafo amateur, “José tiene una intencionalidad como productor de fotografías” (2024, p. 272), lo cual permite a James y Lobato “tejer algunas historias”, especialmente relativas a los distintos momentos que atraviesa su familia en un proceso intergeneracional de movilidad social ascendente y asimilación cultural: por ejemplo, el retrato de la esposa de José y sus hijos, entonces niños, en una vivienda ordenada, limpia y humilde, seguido de las fotografías de su hijo, ya adulto, haciendo la Colimba en la Patagonia o tomando sol a la vera del río un día de campo.

El capítulo tercero trata sobre la migración de Santiago del Estero a Berisso y, particularmente, de “la complejidad del proceso histórico de la identidad provinciana” (2024, p. 438). Primero se analiza la vida en los parajes santiagueños, tanto la actual como la previo a la “gran sequía” de 1936-1938, una profunda crisis que hizo de Santiago del Estero la provincia con más emigrados internos del país. Si bien antes ya existía entre los trabajadores santiagueños una “cultura de la migración”, entendida como una “conciencia de larga data acerca de la existencia de fuentes de trabajo más allá de los límites de sus comunidades” (2024, p. 327), a partir de la gran sequía la migración, antes estacional y agrícola, pasa a ser urbana e industrial, implicando largos viajes y retornos esporádicos.

Lobato y James describen espléndidamente los cambios que esto implica tanto en las creencias populares como en las relaciones entre patronos y peones en los parajes. Lo cual es hecho con el objeto de probar, no sólo lo novedoso que trae la migración, sino las continuidades que explican distintas facetas de la vida de los trabajadores santiagueños en Berisso. Por ejemplo, el vínculo clientelar entre peón y patrón, que cambia cuando la población masculina migra y las mujeres a partir de 1951 empiezan a votar. Los autores ponen en cuestión la tradición que asocia la victoria presidencial de Perón al voto santiagueño, mostrando, de un lado, que en tales elecciones los santiagueños en Buenos Aires que votaron no fueron la mayoría porque no habían

cambiado su domicilio y, del otro, que en Santiago del Estero por la emigración votaron muchas personas que en las elecciones anteriores. Del mismo modo, hubo importantes dirigentes sindicales santiagueños en Berisso que eran comunistas. No obstante, los santiagueños se incorporan masivamente a los sindicatos recién durante el peronismo. Este sindicato, “creado con el apoyo de Perón y en oposición al [comunista] (...), sería el ámbito de participación política que establecería una relación directa con Perón” (2024, p. 365); tipo de relación que James y Lobato no dejan de asociar a la antes existente en Santiago entre patrones y peones.

También hubo comunistas en la fundación del Centro de Residentes Santiagueños (CSR) en 1944, aunque este “nunca intentó reproducir las relaciones clientelistas” (2024, p. 367). En un inicio el CSR tenía como modelo las sociedades de ayuda mutua de nacionalidades extranjeras. Sin embargo, experimentaron procesos distintos estas colectividades y la santiagueña. A diferencia de aquellas, esta fue fundada en el contexto de ampliación de derechos a la clase trabajadora, haciendo innecesarios varios de los servicios de las sociedades mutuales de inicios de siglo. El CSR se centró entonces en conservar y difundir la cultura santiagueña en la localidad. Lobato y James describen copiosamente sus actividades, sus funciones, sus debates y sus intentos frustrados de tener un rol clientelar.

A pesar de ser “la más peronista de las comunidades de la ciudad”, los santiagueños no pudieron “aprovechar ese activo” para conseguir poder político (2024, p. 394). Lo cual explican los autores por la discriminación asociada al estereotipo de “cabecita negra” e “indio” (2024, p. 403). Estas páginas, que analizan la paradoja de que en la capital de la migración ciertos migrantes tengan un lugar subalterno, son las más interesantes del libro, porque revisan distintos mitos en torno a la nación y el peronismo abriendo valiosos interrogantes, como el relativo al rol de los marcadores fenotípicos en la discriminación contra los santiagueños. Cuestión que aparece en los testimonios tanto de los santiagueños como de los europeos, pero no es analizada del todo por los autores, quienes priorizan una visión de la discriminación centrada en los discursos y la cultura (entendida como etnicidad).

El capítulo cuarto explora las representaciones de la memoria “en la constitución de una narrativa e historia pública local” focalizándose en ciertos momentos que conformaron “figuras nemónicas potentes y perdurables” (2024, p. 453). Este culto público por los antepasados inicia para Lobato y James en 1971, en las actividades por el centenario de la instalación de los primeros saladeros en Berisso, mítico punto de inicio de la comunidad obrera local. Por aquellos años se publican las primeras memorias de trabajadores migrantes e historias oficiales de la ciudad. Otra fecha es 1984, cuando fue demolido el frigorífico Armour. Si bien este había dejado de funcionar en 1969, su demolición generó un duelo en la comunidad por la pérdida definitiva de “muchas historias comunes” (2024, p. 460). Los “hijos ilustres” de Berisso, hijos de obreros que pudieron formarse como artistas o profesionales, se encargaron de procesar el ludo dentro de la comunidad a través de obras como *Réquiem para un frigorífico* de Raúl Filgueira y Oscar Merlano, “montaje audiovisual” y a la vez libro que James y Lobato analizan de forma minuciosa.

El Museo 1871 ocupa también un lugar importante en la historia pública local y “tiene su origen en el afán coleccionista de Luis Guruciaga” (2024, p. 484), quien fue juntando y comprando distintos objetos a los vecinos de Berisso, desde fotografías familiares a objetos antiguos. En una operación deliberadamente benjaminiana, los historiadores analizan en detalle su colección, buscando en ella la herencia de la localidad. Pero si el coleccionista usualmente asociado a Walter Benjamin es un burgués cuya colección es privada y posee un sesgo estetizante; Guruciaga, en cambio, es un “coleccionista popular” que “busca resguardar retazos del pasado (...) y luchar por la dispersión” de la comunidad obrera de Berisso (2024, p. 501).

Las muestras del Museo 1871, el cual es una ONG, aunque expresan un sentido común afín al relato oficial del Estado, especialmente en lo relativo al mito del origen migratorio de ultramar, no son reductibles a la historia oficial, sino que expresan la identidad de intereses de los sobrevivientes de esta comunidad. Lo cual es particularmente notorio en el Museo Escolar de la calle Nueva York, que está dentro, cual muestra, del Museo 1871; acción motorizada por la escuela local para combatir la exclusión y estigmatización los actuales infantes y adolescentes que habitan en la empobrecida calle y, a la vez, poner en valor la historia local.

Completan el capítulo una hipotética historia de un fragmento encuadernado de la Mishná en yiddish, las memorias del actor y ciudadano ilustre berissense Lito Cruz, una breve reconstrucción de la patrimonialización aún incompleta de la calle Nueva York y un análisis de algunas ediciones de la fiesta del inmigrante que cada año se celebran en septiembre en la localidad. Resulta particularmente interesante en estas dos últimas la forma en que los autores vuelven a tensar la memoria pública con sus puntos ciegos, como los conflictos al interior de las colectividades migrantes, o el hecho de que Berisso haya sido declarada Capital Provincial del Inmigrante en 1978, durante la última dictadura.

Por último, cabe señalar que James y Lobato están en la estela de (entre otras cosas, por supuesto) la tradición de análisis sobre la clase trabajadora inglesa, tanto por sus métodos de investigación como por sus preocupaciones, las cuales fueron cambiando en el tiempo. Los trabajos tempranos de ambos autores sobre la clase obrera local son afines a los de E. P. Thompson y del joven Engels, versados sobre la situación y formación del proletariado inglés; mientras que *Paisajes del pasado* cruza la puerta abierta por Richard Hoggart y *The Uses of Literacy*, impregnando sus páginas de melancolía por la pérdida de un tiempo que, a pesar de ser de luchas descarnadas, para la memoria de los trabajadores de Berisso y los autores fue mejor.